

LEZAMA O EL HEROÍSMO SECRETO

JULIETA CAMPOS

Escribir es, siempre, convocar fantasmas. Escribo: convoco fantasmas. Convoco fantasmas: escribo. Leer es dejarse asediar, y también asediar, por mediación de la escritura de otra mano, fantasmas convocados por otra soledad. Escritura y lectura se encuentran y se cortan en un punto: analecta de soledades. Leo cartas de Lezama.* En las cartas de Lezama me leo. Leo mis fantasmas. Leo un paisaje (vida) y un destino (muerte). Paisaje y destino se abrazan. Las letras que construyen el paisaje destiejen los destinos que se deslizan hacia la muerte. El paisaje es ausencia absoluta: sobre esa ausencia, dibujándola, se enreda la vegetación carnívora de la escritura. Así leo a Lezama. Leo sus cartas. Leo, en sus cartas, un espacio cuyo privilegio de existencia le es conferido tan sólo por la palabra. La escritura de esas cartas, la lectura que yo hago, ocurren en el mismo tiempo, un tiempo que es la pura ausencia de todo tiempo y su plétora. Lezama escribe, yo leo, en el tiempo del mito. Se convocan, a mi alrededor, fantasmas que fueron suyos, que son míos. Los reconozco. Me dejo reconocer por ellos. Encarnan entre multitud de signos que me hacen señas: esa cosa que en los domingos segrega una espantosa burbuja que nos mira inexorable "como si el tiempo se llenase de plomo"; el monstruo del ciclón que acecha la protegida familiaridad de la casa; el encantamiento de las Navidades: la sensación de estar en la víspera del prodigio. Y el invierno, ese inviernito del trópico que nieva nieves remotas. La palabra *destierro* se traza en el blanco de la página abriendo hasta el abismo un círculo mágico. Es el destierro en el que se escriben todos los libros: el destierro interior. Pero también es otro añadido, muy doloroso: el destierro peculiar en que ha sido escrito ese libro que lo es sin haberlo sido. Una memoria milenaria lo mece. Sobre ella flota la isla. La de Lezama. La mía. Aquí las brujas no dicen: "Macbeth, Macbeth, *Thou shall be King*". Dicen: "José, serás huérfano y el paraíso te alucinará como maldición y salvación. Serás poeta."

* José Lezama Lima, *Cartas* (1939-1976). Colección Tratados y Testimonios, Orígenes, Madrid, 1978.

No pretendo que mi lectura de Lezama sea objetiva, si objetividad fuera sinónimo de des-apasionamiento. Empiezo:

Todas las cartas están marcadas por un signo. Es el signo de ausencia, origen del lenguaje porque es origen del deseo. Ausencia que se lee como muerte. Palabras que resucitan después de la muerte, al tercer día, como Cristo. "Para mí ya ha sucedido todo lo que podía tocarme: el advenimiento de Cristo y la muerte de mi madre." Sabe que ha repetido el misterio de la creación de una Isla que emerge, en nacimiento milagroso, de un mar cuya fiera es el espejo ondulante de la nada. La muerte del padre, en los primeros años de la infancia, reincide obsesivamente germinando la palabra. Una "muralla de madres"—Rosa Lima y tantas hermanas— no bastaba para reparar una pérdida que tiene que volverse alucinación verbal. Después las palabras no bastarán para clausurar la temida y dolorosísima ausencia final: la de la madre.

Casi toda la correspondencia publicada ahora es un diálogo con Eloísa, la hermana que eligió el exilio en 1961 y cuya vocación Lezama había sellado, ya en tono oracular, desde el principio: "yo *creator, tú magistra*". Reproches y lamentos y un dolor hiriente por la dispersión familiar dan a las cartas a Eloísa un tono desolado. El cerco rilkeano de lo terrible —no hay fantasma más viviente en estas cartas que el fantasma de Malte— se ciñe hasta la desmesura con la vuelta de tuerca de un ambiente cada vez más asfixiante. "Nosotros aquí nos sentimos muy solos, estamos muy solos y el cerco se aprieta cada vez más" (12 de diciembre, 1974); "Llevamos una vida muy recogida de lecturas y visitas de amigos que nos son muy agradables. Aunque los días pasan con cierta monotonía, pero ya estamos un poco acostumbrados a ese estilo de vida y mantenemos la esperanza lejana de algún día poder hacer algún viaje. Creemos en el milagro y en él esperamos" (4 de mayo, 1975). Él, que antes sólo se había decidido a salir de Cuba para pasar diez días en México y unos pocos en Jamaica, empieza a necesitar visceralmente otros aires. Las invitaciones se multiplican: desde Madrid, del Ateneo y

de los organizadores de un congreso sobre el barroco; de Italia; de México, a través del Fondo de Cultura Económica; de la Universidad de Cali, para el IV Congreso de Narrativa Hispanoamericana. Se le negará una y otra vez a Lezama el permiso de salida. Insiste, sin embargo, en amar a la vida como Nietzsche, a pesar de todo lo detestable: "Te lo digo yo (a Elofisa), cuya vida ha sido reducida al mínimo de su expresión. Por la noche, María Luisa y yo leemos algún libro que nos gusta, como el maravilloso *Diario de Paul Klee*". Lezama viajará, sin moverse, agregando a su propia isla imaginaria archipiélagos ajenos: los *Cuadernos de Malte*, Musil, *Gaspard de la nuit*, *Le grand Meaulnes*, las *Memorias* de Pablo Neruda, la correspondencia de Freud con esa "inteligencia deslumbradora", Lou Andreas Salomé.

Quebrantada su domesticidad, el panorama le oprime una "cerrazón dantesca". En un cuadro que "no puede ser más sombrío, incierto y aterrador", vive "para el temor y la más arrasante melancolía". Le desespera "hasta el desgarramiento trágico" encontrarse imposibilitado para el trabajo doméstico y no poder contribuir con ningún esfuerzo a las infinitas labores cotidianas que se le multiplican a María Luisa (la vieja amiga de la hermana con quien se ha casado para complimentar el último deseo materno) entre la limpieza, la cocina, las numerosas colas indispensables para la subsistencia y el cuidado de él mismo y de la anciana criada Baldomera, de ochenta y seis años: la Baldovina que, en las primeras páginas de *Paradiso*, separa los tules de la entrada del mosquitero para hurgar, aterrorizada, el pequeño cuerpo, "con el cual tenía que responsabilizarse misteriosamente" del niño de cinco años invadido por un avasallante ejército de ronchas.

Él, que se sentía el custodio de la identidad familiar: "Yo me quedé para enfrentarme con el destino espantoso de la desaparición de nuestra familia" (abril, 1971) y "Alguien tenía que guardar las bóvedas del cementerio, donde están nuestros padres y nuestros abuelos, guardar de cerca los recuerdos, las ropas, los cofres y todos los lugares en donde nuestra sangre dejó su sombra..." (diciembre, 1971), también se sabía depositario de la más recóndita sustancia del ser nacional, capaz como nadie de rescatar no lo exterior y pintoresco sino "ese inefable cubano, un airecillo, una ternura, un estar y no estar", la vibración tenue cobijada adentro entre persianas y mamparas y lucetas y detenida afuera en la fija intensidad susurrante ciertos paisajes como el de Viñales: esa "Cuba secreta" de la carta a María Zambrano (31 de diciembre, 1975): "que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada".

Ya en 1954 había escrito a la misma correspondiente:

"¿Y nuestro país? Usted lo ha conocido y sufrido como pocos. No parece alzarse nunca a la recta interpretación, a la veracidad, todo para fruto de escamoteos, de sustituciones. Si los profetas le llamaban a Babilonia la gran prostituta ¿cómo no llamarle a nuestra querida isla, la gran mentirosa? Se corrompe la palabra; por un proceso de la humedad filtrándose, se corrompen las palabras apenas salen de la voz al espacio entreabierto." Antes y después de 1959, Lezama anduvo a la caza del fulgor de tigres prodigiosos en una fronda muda y opaca, la de un ámbito donde las palabras, de tanto despilfarro, habían dejado de decir. Por eso querrá sacar a superficie los manantiales más prístinos, los de Juan Clemente Zenea, Martí, Julián del Casal. Y lo hará aun cuando se le haya marginado de toda otra labor. Su rechazo a la politizada burocratización de la cultura lo aleja de una Subdirección que ocupa brevemente en los comienzos revolucionarios y lo confina a la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País donde no cesará de preparar ediciones cuidadosas hasta el momento de su retiro. Publicar libros es "una de las cosas grandes que ha hecho la revolución" reconoce en alguna carta, aunque le duela el rechazo de una obra como la suya, transida por el Eros fáustico y "por el deseo de esclarecer nuestra expresión y nuestro pueblo" (20 de marzo, 1966). Ha escrito, como Goethe, su propio *Wilhelm Meister*. Pero el suyo ha sido, a la vez, un *Fausto*. José Cemf se inicia, movido por el deseo, en el camino hacia el conocimiento supremo. *Paradiso* es novela iniciática y *Bildungsroman*: relato de una aventura de penetración en el arte de vivir y en el sentido de la vida. Ha escrito un libro en el que se recoge, rezumado, lo singular cubano inscrito en lo universal. En el vertiginoso vacío que lo rodea las palabras rebotan y se dispersan.

La marginación del poeta es total. Todos supimos de la ineficacia de cualquier intento de acercarse por los cauces oficiales cuando no se conocía su dirección y las solicitudes tropezaban con oídos sordos. Durante años su único vínculo con el exterior es Julio Cortázar que, al declarar en La Habana algo tan obvio como que *Paradiso* era "un inmenso poema", le abrió los ojos (lo testimonia un Lezama agradecido) a "mucha gente que no quiere ver nada" (26 de enero, 1966).

La fatalidad de un destino no buscado se cierne sobre las vidas personales con estruendo a veces, otras con gris opacidad y se esparce en ese casi monólogo que son las cartas con la tristura desolante de las cenizas de un fuego apagado o con la voracidad de un ras de mar que todo lo vuelve jirones para digerir mejor. En carta a Julián Orbón (4 de octubre, 1971) llama *aliena* la tierra que habita después de lo que califica como "gran prueba definitiva": "mundo

desconocido de la dispersión y la secreta vida heroica". Concibe en visión iniciática los azares de la historia: travesía de un oscuro laberinto donde sobreviven pruebas cada vez más duras. Sólo si la poesía hubiera logrado insertarse en la historia (remoto sueño romántico) habría podido la historia volverse, como la poesía, revelación oracular. Al principio de 1960 prevalece todavía ese sueño: "comenzamos a vivir nuestros hechizos y el reinado de la imagen se entreaire en un tiempo absoluto" (*Preludio a las cosas imaginarias*) y "La Revolución Cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados". Obsesionados por el afán de integración, por la trasmutación incesante de vida y poesía, la imagen de Eros preside su cosmogonía y la amenaza entrópica es el enemigo siempre acechante. Antes de 1959 en la precariedad irrisoria de una polis y una cultura endebles, casi inexistentes; después de 1959 en la proliferación de una llaga totalitaria igualmente peligrosa en tanto que borra singularidades, desconoce matices y puede llegar a recubrir la soberanía siempre múltiple de la imagen poética con una opacidad mucho más vecina de la muerte que de la vida.

Su secreta hazaña heroica fue justamente emprender el viaje hacia los orígenes, más allá de cualquier obvia escisión política de superficie y de cualquier trivial corte entre vida y poesía. Nada o casi nada había detrás: de un hueco de cultura y de historia tenía que germinar un territorio señoreado por el verbo. Alguna vez ha aludido Cintio Vitier al siste-

ma poético de Lezama como "sobreabundancia de sentido del ser". Basta recorrer las cartas con un ánimo de buena fe para adivinar que la incurable melancolía de sus últimos años no sólo procedía del patético desmembramiento familiar sino, precisamente cuando había creído vislumbrar la estrella anunciadora de prodigios, de la inquieta y perturbadora advertencia no de germinaciones sino del cegamiento de aquella sobreabundancia.

Mucha presencia de México hay en la correspondencia: una visita de Juan García Ponce, una lectura simpática de la poesía de José Carlos Becerra, ecos de *Diálogos* y de *Plural*, de Ramón Xirau y de Octavio Paz. Agradece un inteligente estudio de Xirau sobre su obra y se conmueve con un mensaje de Paz, inscrito en una tarjeta que acompaña el envío de una antología de poesía mexicana: "Leo *Paradiso* poco a poco, con creciente asombro y deslumbramiento... el mundo lento del vértigo que gira en torno a ese punto intocable que está entre la creación y la destrucción del lenguaje, ese punto que es el corazón, el núcleo del idioma... Una obra en la que usted cumple la promesa que le hicieron al español de América Sor Juana, Lugones y otros cuantos más." Y, sin transiciones, la solicitud a las hermanas de *Dyspne Inhal*, el remedio para el asma cuya falta le produce tan constante inquietud.

Un breve árbol genealógico que parte de los abuelos y una foto de tres mujeres en un balcón habanero —la madre, las hermanas— tras las cuales

POEMA

EDUARDO MILÁN

Poca cosa en el mundo con utilidad
todavía: la luna, María. Una
sobre otra con su luz vacía, el cuarto
menguante cada vez con menos cosas, los
muslos menguantes cada vez con menos manos, el
óvalo del rostro que rueda por la sombra. "Espérame
un año y verás: será distinto por la estrella el
destino". Luna de estío, estilo de brillar barroco, el
hueco de la noche se hace día, dices. Pero lo que no
dices y tal vez deberías es que no hay talismán que
frene el maleficio de no estar contigo, aquí
en la maleza de sonidos voló el ave que consuela.

[VUELTA NÚM. 175, 1991]

apenas se adivina en la penumbra el rostro del poeta, son el umbral adecuado en donde hay que detenerse antes de penetrar el interior de casa cubana que una vez reunidas todas las cartas, se integra extrañamente con este libro, no pensado como libro, de Lezama: tránsito del cegador esplendor luminoso de afuera a la oscuridad sombría del traspatio que custodia las entrañas. Así es el libro y así el periplo, entre una tarjeta escrita en la Navidad de 1939 para invitar a Juan Ramón Jiménez a compartir la isla en esos meses de frío y una de las últimas cartas a Eloísa, en mayo de 1976, para disuadirla de una posible visita del sobrino Orlandito a La Habana: "Tengo en mi casa muy pocas comodidades... El segundo cuarto tiene un colchón viejo y destrozado. Hay que bañarse con jarritos." A Juan Ramón le habla de piedras y de sombras, pero también de espejos. Cuando la órbita se ha cerrado, la imagen borbotante ha huido de los espejos —palabras hasta dejar al poeta, desnudo, en el escenario vacío. Lezama habita (rememoro *Paradiso*) la casa vieja el día después de la mudada. Habita ya la muerte enjuta, el revés de la proliferación barroca. Han escapado, entre muecas y risotadas, piñas y antílopes, Helespontos y cocuyos, túnicas azules y sillones de mimbre blanco, la señora Rialta y el Coronel, el negro despedido por un errado guiso de quimbombó ligado en *mésalliance* con camarones frescos, manatíes y blancos halcones, cornamentas de ciervos, enmieladas hormigas, Dánae tejiendo el tiempo dorado por el Nilo, el amor y la nocturna playa. Sólo queda el verde. Un verde errante. Aquel de la "Oda a Julián del Casal": "el verde de la muerte".

Ha seguido trabajando, obsesivamente, hasta el final tal vez como un recurso (él mismo lo dice) para no enloquecer, mientras "el coro de ocas se levantó lleno de resentimiento y de envidia tronante" (junio, 1966). Entre principio y fin arde "la rosa pitagórica, en el anillo que une lo visible a lo invisible", epifanías, resurrecciones: el núcleo de su universo—Imagen, el Aleph—signo que lo obsesiona tanto como a Borges— y el mundo entero, penetrando por la chimenea. Están Ruysbroeck y San Juan de la Cruz, oraciones antes de acostarse, aventuras de Eros y de Minerva, Jacobo Boehme y la amistad: "esa forma de poblar un espacio misterioso" que de repente se va dispersando también: "...me voy quedando solo, como una araña en el centro de su tela..." Y detrás del hastío: "...un leviatán... la ballena de Jonás..."; una vida "inhóspita y dura, vulgar y reincidente en las mismas torturas". Cuando se aproxima lo oscuro, ya el Eros lezamiano, tan parecido al de Dante (*"L'Amor*

che muove il solle e l'altre stelle") se ha eclipsado.

Muy lejos resuena aquel ritmo hesicástico que preludia las últimas páginas de *Paradiso*, la serena *Sofrosine* encarnada en la imagen de Oppiano Licario, en una queja patética de agosto de 1964: ¿A qué divinidad tenemos que hacer tantos sacrificios de tristeza y desolación? ¿Por qué desembocamos en este terrible callejón sin salida, sin vislumbres, rodeados de muerte? La familia escindida, los amigos en la diáspora, la hostilidad que lo rodea. Nada va quedando sino cenizas de tiempo y asma, la "vieja enfermedad querida", haciendo estragos.

Cuando se cree abandonado por la Imagen, el vínculo con lo esencial, penetra desarmado en el silencio. Pero ¿qué huecas suenan, haciendo piruetas alrededor de ese círculo suyo de silencio, tantas hinchadas, mentirosas, palabras inútiles! Mientras que sus palabras, las que reconstruyeron sobre el mapa de la isla una incandescente insularidad mágica, ésas, detenidas en la fijeza perpetuamente renovada del mito, ahí están. Y son la Isla. ◀

[VUELTA NÚM. 52, 1981]

Poema

ENRIQUE FIERRO

De las palabras señaladas
para dar cuenta de la tarde
que pasará sin dejar rastro:
una

que es la escandalosa
última música del día
abre la puerta de un teclado
que no conviene a la nostalgia:

todos estamos en desnuda

¿nada más
podríamos oír?

Un grito
dice verdades a los altos
escriturales maleficios
en los que el signo se disuelve.

[VUELTA NÚM. 15, 1978]